

¿Mujer? ¡Fenomenal!

Natalia Ortiz-Cotto

Soy hija, hermana, esposa, escritora; pero, sobre todas las cosas, mujer. Sí, mujer. Son apenas veinticinco años los que llevo de vida y para mí han sido suficientes para entenderlo.

Yo: hija-hermana

Soy la mayor de cuatro (lo que resulta ser agridulce): las dos mayores somos mujeres y los dos pequeños varones. Al parecer mi mamá tuvo bien presente la idea gastada de que el matrimonio es para procrear. Creo que siempre fui una niña normal en toda su definición. Excelentes notas, buenos modales, sobresaliente... yo entendía que todo cuanto hacía era bueno por lo cual, al solicitar permiso para hacer las cosas que cualquier niña deseaba, esperaba que se me fuera concedido: pero no fue así. Mi madre, aunque es una gran mujer, recibió una crianza machista y, como era de esperarse, los permisos que no eran concedidos cargaban con explicación llena de machismo y prohibición por el simple hecho de ser mujer. De niña nunca pude tener una conversación abierta con mi mamá, no pude desarrollar una confianza de amiga en ella, porque todo lo que yo solicitaba resultaba ser siempre “malo” o “no conveniente” para mi edad; cuando en realidad eran cosas tan triviales como pintarse los labios, afeitarse la piernas, ir al cine con las amigas o a algún “party” de marquesina sin la presencia de mi hermana menor. Sólo deseaba que me tuvieran confianza. Para poder salir, tanto mi hermana como yo, teníamos que recoger la casa: entiéndase fregar, barrer, limpiarlo todo y aún así, el permiso no fue siempre otorgado y si lo daban, el resto de mis hermanos venían en el paquete.

Fui creciendo con una gran rebeldía dentro de mí. Me gradué de escuela superior con los más altos honores y aún el tema de los “novios” era peligroso, pues, aunque tenía uno, no me permitían salir a solas con él. Me hacían ver que no confiaban en él, pero yo entendía que no confiaban en mí. Pienso así, porque con mis hermanos nunca fue igual, ellos siempre tuvieron la libertad que a nosotras nos fue negada y sé que la única razón es porque somos mujeres... En esa edad odiaba serlo porque las cosas eran más difíciles o imposibles y veía que los varones no sufrían de las mismas incomodidades.

Entré a la Universidad de Puerto Rico en Cayey. A los pocos meses, dos diría, dejé a mi primer novio porque era un hombre sumamente machista que en realidad me limitaba. Superaba ya esa fase, me sumergí en la vida universitaria, aún llena de restricciones que, por ser mujer, llevaba impuestas. Tenía horarios ridículos de llegada (antes de las 12:00 am cuando mi hermano, siendo menor, llegaba cómo mínimo a las 2 de la mañana, y si me pasaba de las 12 los mensajes al beeper no paraban y no se diga cuando tuve celular; las llamadas eran cada cinco minutos). La situación continuó igual y mi sentir (así lo veía) no era tomado en cuenta. Desde pequeña les decía a mis padres que cuando terminara el bachillerato, me iba a ir de mi casa a vivir sola. Ellos,

principalmente mi madre, pensaba que eran comentarios rebeldes y que cuando madurara se me iban a quitar, pero no fue así. Al graduarme de bachillerato, decidí mudarme sola a San Juan, donde actualmente vivo. Para mi mamá eso fue lo peor que pude haber hecho, pues hasta estuvo sin hablarme por un tiempo. Ella no entendía que yo quería crecer, deseaba encontrarme deseaba ser. Todos los “no”, los reproches, la desconfianza y el machismo de lo que me rodeaba, me hicieron madurar.

Me transformaron en una mujer segura, decidida, sin temor al qué dirán, al discrimen o al menosprecio por género, me hicieron y me hacen llevar la frente en alto por querer romper con una cultura anticuada y con una forma de pensar cavernícola. Al día de hoy, año 2007, continúo recibiendo negativas y comentarios faltos de inteligencia. Hace poco, en el tribunal de Guayama, debatiendo con un abogado sobre el maltrato que recibió mi hermano por parte de su compañera consensual y sobre los derechos que le amparaban, se atrevió a afirmar que cualquier hombre que es maltratado y acude a las autoridades pertinentes a clamar por sus derechos, sólo va a recibir burlas e insinuó que yo reaccionaría de igual manera; a lo que firmemente le dije que no, que jamás me burlaría de un hombre maltratado y que esa, su mentalidad, es la que tiene a este país como está.

Yo: esposa

Lo que pensé que jamás sería. Siempre dije que no me iba a casar, que no iba a estar en la casa haciendo deberes que por siglos le fueron impuestos a la mujer y que si en algún momento lo pensaba, que ni se creyera él que yo iba a encarar el “rol” de mujer casada “castrada” que tiene la sociedad. Pero, el chico apareció y agradezco que así haya sucedido. Sus virtudes las puedo resumir en una frase: “hace de todo”. Cocina, friega, limpia, recoge, pero lo más importante es que me da mi lugar y mi espacio, y respeta mi forma de ser y pensar. Cuando comenzamos la relación le dejé bien en claro que yo no iba a hacer las cosas porque tenía que hacerlas, porque como era mujer, me tocaba a mí; que las iba a hacer y cuando saliera de mí. Le mencioné también que, como éramos dos, todo iba a ser en partes iguales (porque lo que es igual no es ventaja): las responsabilidades y los deberes en todo el sentido de la palabra.

Hoy, cada quien hace sus cosas, nos respetamos y valoramos y hacemos de nuestra vida de casados un equipo; trabajamos por ser felices y por alcanzar todo cuanto deseamos, aunque suene como un cliché. Siempre recibo su apoyo sin excusas, al igual que él lo recibe de mí. Ya pronto cumpliremos nuestro primer año de casados y sé que de nuestra vida algún día podré escribir una hermosa novela.

Yo: escritora

Escribir es mi gran pasión, mi mayor sueño y meta, razón por la que me encuentro estudiando una maestría en creación literaria. Yo diría que escribir es el motor de mis días, es mi aire. Hasta el día de hoy, mi mayor reto ha sido mantenerme firme en mi deseo de ser escritora, de dedicarme a la literatura, de vivir por las palabras. Soy muy

desinhibida en mi escritura, muy atrevida e irrespetuosa como dicen mis compañeras de clases (en femenino porque las mujeres somos mayoría). Sé que lo “peor” está por venir, en el buen sentido. Una vez publique, sé que voy a hacer criticada, probablemente hasta por la iglesia, dado los planteamientos de mi narrativa, pero eso no me importa. Porque como me dijo Luis López Nieves, mi maestro y profesor, y por quien siento una gran admiración: estoy rompiendo con muchos esquemas y eso es lo que debo de continuar haciendo.

Yo: mujer

La vida... cargar un nombre femenino, un cuerpo curvilíneo y un deseo sin límites, siempre ha sido un problema tanto para la sociedad, el mundo y para todo aquél cuyo pensamiento se ha quedado sumergido en la idea de que el género o las preferencias sexuales determinan hasta dónde puede llegar un ser humano. En mí no hay cabida para nada de eso. Pienso y promuevo que todos, en especial las mujeres, debemos llegar más allá de dónde se nos está permitido, que no hay nada malo en romper las reglas o modificarlas para poder alcanzar una meta, un bien que a nadie dañara. Pienso y proclamo que ser mujer es una virtud, un regalo, es una gran experiencia... ¡ser mujer es fenomenal!